pasa con la saeta del amor divino su pecho inflamado por la caridad... allí esperando con ansia el momento, la hora suprema de la absoluta libertad en que, abandonando el cuerpo á la tierra, vuele el alma libre á su Dios y suba al cielo, donde vestida con la ropa nupcial la espera su Divino Esposo para anegarla en las eternas dulzuras del perfecto amor... allí... encontrará seguramente, entre el dolor, la abnegación, el sacrificio, la penitencia y hasta la persecución, la más completa y absoluta felicidad que puede hallarse en este árido y desolado yermo en que peregrinamos menesterosos, en este valle de lágrimas, en que heridos por la divina justicia esperamos levantarnos por la divina misericordia á las celestes alturas de las divinas bienaventuranzas.

Goces todos, felicidades todas más ó menos relativas y todas conducentes á la absoluta felicidad, debidas á los celestes efluvios de la gracia, que nunca llegan mejor ni más pronto á santificar el alma de los hombres, que cuando llegan por el fácil camino que abre Dios para el corazón de los hijos en los amorosos labios de una madre cristiana.

UNA VISIÓN... ANTICIPADA [1].

(Carta al director de EL DIARIO ESPAÑOL.)

(1873.)

SEÑOR director... no puedo más... si no hablo, reviento. El secreto me pesa, me oprime, me ahoga, y voy á revelárselo á usted, reservadamente, se entiende, no vaya usted á divulgarlo por esos mundos y me quemen por brujo los novísimos inquisidores del krausismo, que ya sabemos cómo las gastan y cómo saben suspender la inmanencia del derecho cuando no transciende en su provecho.

Con que chitón y óigame usted. Es el caso

(1) Aunque á primera vista parece que este artículo pertenece al número de los políticos, por su forma humorística y por haber sido reproducido como artículo de costumbres en varias publicaciones literarias, lo incluimos en el presente tomo.—(*Nota del editor.*)

que el día de la Ascensión, única cosa que ha subido aquí donde todo ha bajado, desde la Bolsa hasta la intendencia de Filipinas, que es hasta donde se puede bajar, salí de mi casa ansioso de noticias y me dirigí al Congreso á ver lo que allí se mentía. El Congreso estaba desierto. Parecía que se había convertido nuevamente en convento, pues como usted sabe, señor director, fué convento poco antes de ser mancebía... ¡Al cabo de los años mil!... Era día de toros, y sin duda los constituyentes habían ido á tomar tierra á la plaza. No deje usted de recordarles, señor director, que el otro redondel es más pequeño, que el tendido es más corto, que las naranjas se tirarán con más facilidad, que el sol calentará á los que se sienten junto al Gobierno, que según dicen tiene mala sombra, y, por último, que lo que allí se corre no es un toro, sino un león, pero tan manso, que parece un burro.

Pues, señor, entré en el salón de conferencias... nadie; atravesé los pasillos... nadie; me introduje en el salón de sesiones... nadie tampoco. ¡Qué soledad, ni la del Gobierno! El Congreso estaba como el Tesoro. El reloj estaba parado... ya se ve, *¡la Mano Oculta!* Si yo fuera constituyente, propondría quitarlo por reaccionario. ¡Pararse ahora que todo va á escape y hacia abajo!

Miré á la cara de los Reyes Católicos... tan serios. Miré á los santos del techo, impasibles... ya se ve, están tan acostumbrados. Subí á los bancos, y me senté ¿dónde dirá usted, señor director? En el asiento de mi amigo el marqués de la Florida.

Yo no sé qué demonios tenía aquel asiento; pero ello es que los demonios que tuviera, apenas me senté, tomándome sin duda por su amigo el marqués, creyeron que yo les conjuraba; y como vieron que yo estaba preocupado con el porvenir de mi patria, como si fuera sibilítico trípode el escaño, comencé á desvanecerme, quedando en breve mi rostro impasible como el de Pí, y mi espíritu confuso como un artículo de Salmerón en la *Revista de la Universidad*.

Y entonces, poblándose de fantasmas los asientos y de apariciones las tribunas, parecióme como que tocaban á juicio, sonando con desaforados sones un descomunal y espantoso cuerno, que me hizo echar de menos las antiguas campanillas. Pronto eché de ver mi equivocación, señor director, pues mal podían tocar á juicio donde sólo entraban los que lo habían perdido. Tocaban á hacérselo perder á los demás; sólo que como las campanillas huelen á iglesia, se habían sustituído con el cuerno, que al cabo es instrumento revolucionario,

como que los lleva el demonio desde aquella de marras.

Calló el cuerno y oí una como voz que dijo: «Abrese la sesión.» Aquí fué Troya. Pareció que dijo ábrese la caja de Pandora ó ábrese el infierno. Todas aquellas sombras comenzaron á gritar y á menearse como poseídas de los malos. ¡Qué algarabía, qué tiberio, qué confusión, qué Babel, digo, qué república! Unos gritaban «federal,» otros «petróleo,» otros «reparto» y todos «dietas, dietas.» ¿Si serán enfermos, me dije, que quieren curarse? «No, señor,» me dijo por lo bajo un demonio canario, tomándome por su paisano, «son médicos que quieren curar al enfermo, y le sangran á fuerza de dietas.» ¡Vaya una casta de sanguijuelas! La gritería fué tal, que el presidente embocó el cornudo instrumento, dió una nota profunda, y exclamó después dando cornadas en la mesa: «Desorden, señores.» ¡Oh, prestigio de la autoridad! Todos callaron.

Habló entonces el presidente, y blandiendo el asta, dijo: «Compañeros, no me cojáis por la palabra; os he llamado señores... ya no hay señores: los señores son nuestros criados.»

«¡Viva la igualdad!» dijeron todos.

«Cada uno hace lo que quiera,» continuó el presidente; «pero pobre del que no quiera república.»

«¡Viva la libertad!» respondió el coro.

«Sí,» concluyó el presidente, «vivan la igualdad, la libertad y la fraternidad, y mueran los carlistas, y los alfonsinos, y los conservadores, y los radicales, y los unitarios, y la nobleza, y el clero, y la burguesía, y... (entre dientes) el Gobierno.»

Todos.—«¡Mueran, mueran!»

«Y ¡viva la república!»

«¡Vivaaaa!»

«¿Qué va á ser?» preguntó un constituyente antiguo mozo de café.

«Federal, federal, federal,» contestaron todos.

«¿Y qué es federal?» dijo echando un taco un aragonés de esos que llaman al pan pan y al vino vino, y que no sabía bien cómo llamar á esa nueva primera materia de primera necesidad.

«Federal es no pagar al casero,» dijo uno que tenía trazas de inquilino.

«Federal es coger trigo sin sembrarlo,» dijo un cosechero improvisado.

«Federal es abajo los privilegios,» dijo un teniente coronel, la víspera paisano.

«Federal es la emancipación social,» dijo un lector de Roque Barcia.

«Federal es protección y autonomía, *voto va Deu*,» dijo un catalán. (Grandes aplausos. Su-

ñer, Quintero, Rubau y otros protestan contra eso de *Deu*.)

«Federal es la unitativa divisibilidad de partes en el todo, por el todo, para el todo y contra el todo, dentro y fuera del todo, en, con, sin, por y para el todo,» dijo un krausista.

Grandes voces.—«Que lo diga en catalán, que lo diga en catalán.»

El krausista.—«Lo diré en alemán para mayor claridad.»

Una voz.—«Que lo diga Castelar.»

Castelar.—«Si el reglamento lo permite.»

El presidente.—«No hay reglamento: cada uno hable cuando quiera.»

Castelar.—«Señores (rumores), señores, todos somos señores, porque todos tenemos la libertad, la libertad, esa virgen de mis amores, pálida como la luna, rubia como el sol, indecisa como la niebla de los ríos en los desiertos de América, de América, esa cuna de oro, de nácar, de rosas, de luz, de éter, en que se mece la idea federal, que es el anillo de oro, de luz, de éter, esmaltado por el genio (*Una voz*: ¿Qué dice? *Otra*: Calla, bruto), esmaltado por el genio misterioso que une las naciones como las ideas, estableciendo corrientes desde el Misissipí hasta el Cáucaso, desde Atenas hasta el valle de Josafat, como desde el racionalismo de San

Pablo hasta el misticismo de Buchner, esos dos genios de la mecánica (sensación), y reasumiéndose en un hombre, que es el hombre de la palabra, que es el orador que hace del universo su pedestal, del espacio su cátedra y de las estrellas sus discípulos, y forja su harmonía en el nombre tres veces santo de la libertad.»

«¡Bravo, bravo!» (Grandes, ruidosos, estrepitosos y prolongados aplausos.)

Un progresista rezagado.—«¡Viva España!»

Casi todos.—«¡Viva Cataluña!»

Una voz.—«Que hable Salmerón.»

Salmerón.—«Ciudadanos: mi honrada palabra, enemiga de la fe católica, causa de la apremiante situación en que nos hallamos, no puede servir de forma al pensamiento, porque el *yo*, al ponerse á sí mismo como objeto y término del *yo*, produce el *no yo*, que es la representación inmanente, externa del organismo primordial que se desarrolla, á pesar de la religión católica.» (Estupor y asombro: varios diputados toman apuntes.)

Un diputado.—«¿Qué cuenta Tutau?»

Tutau.—«Tutau no tiene nada que contar.» (Rumores.)

«Figueras, que hable Figueras.»

Figueras.—«Yo no puedo hablar, compañeros; yo lloro, lloro de gozo y de pesar, y me quiero retirar á mi casa, solo, ¡qué digo á mi

casa! á un convento; ya os he hecho felices, ya tenéis república y república federal: ya veis, yo soy Ministro de la Guerra. ¡Ah, cuánto sacrificio: no puedo más!» (Se suena.)

El aragonés.—«¿Pero qué es la federal?» (Otro taco.)

Una voz.—«Suiza.»

Otra.—«Los Estados-Unidos.»

Otra.—«La Confederación Germánica.»

Otra.—«El libro de Tubino.» (Confusión: todos gritan; nadie se entiende.)

«Orense, Orense; que hable Orense, que habla claro.»

Orense.—«La república federal es no tener reyes comilones, no ser empleado (grandes rumores), trabajar (murmullos), gastar menos de lo que se gasta, no robar, no asesinar (*Un internacionalista*: Esos son los mandamientos de la ley de Cristo. Protesto contra las religiones positivas); lo demás es bambolla.»

«Abajo, abajo; fuera, fuera.»

Voces.—«¿Y Pí, no habla Pí? Que hable Pí, que hable Pí.»

Pí no habla; impasible sube á la tribuna: ni un músculo se contrae en su semblante, ni una facción se dilata en su rostro; su cara está momificada; es la expresión de la frialdad reconcentrada; es el muro invencible que separa el cerebro del ideólogo de la sociedad que le ro-

dea, y á la que quiere curar sin conocerla y á la que destroza sin oir sus quejidos y sin ver sus lágrimas. Pí es la estatua de hielo del peor de los fanatismos, del fanatismo del entendimiento, que es el fanatismo que calcula, que medita y que busca con la mano sobre el pecho de su víctima el sitio en que palpita el corazón para herirla con un solo golpe certero y definitivo. No le pidáis compasión: ¿puede compadecerse el médico de los dolores que experimenta el enfermo para su cura? La compasión la conserva para los que no le comprenden, para los que le creen un loco, para los ignorantes que no alcanzan toda la sublimidad de su sistema.

Pí no habla, Pí lee: lee un decreto tras otro decreto, una ley tras de otra ley, y la religión gime, y la patria llora, y la justicia sucumbe, y España, aquella España que poblaron cien naciones, innumerables tribus de origen diverso, de lenguas, ritos y costumbres desemejantes, enemigas las unas de las otras, lidiando sin cesar el cananeo, el libio, el griego, el peno, el celta, el ibero, el romano, el godo, el árabe, y que vió fundirse, y combinarse, y unificarse tan distintas razas al calor de la religión y al amparo del trono formando la gloriosa nacionalidad española que sojuzga á Europa, tiende su brazo poderoso allende los mares y saca

de su proceloso seno á América, esa perla que engarza en su corona rematada en una cruz que dora el sol sin cesar con sus fulgores! España, ve caer una á una las almenas de las torres de sus castillos, las garras de sus leones, las barras de sus escudos; y ve ponerse el sol de su grandeza, que se va con la cruz de sus altares, con el trono de sus reyes; y ve más: ve quebrarse, romperse, disolverse aquella grandiosa unidad nacional forjada al calor de cien combates, en veinte siglos de lucha, por los grandes santos, por los grandes héroes, por los grandes políticos con que á la Providencia plugo dotar á la antes bienhadada y ahora triste, y afligida, y postrada España... y Pí lee... Pí continúa leyendo, y tales cosas lee, que yo, absorto, me hago una cruz, y los demonios familiares conocen que esta vez no está detrás el diablo, y que en lugar del marqués de la Florida estoy yo, y la escena desaparece, la visión se disipa y el salón queda desierto sin más sér humano que yo sentado en el asiento del marqués de la Florida.

Largo rato pasé, señor director, temiendo que fuese realidad lo que juzgaba ilusión, y me espeluznaba al pensar que llegaría pronto un día en que vería traducido en leyes en la *Gaceta* el discurso de Pí... Cuando salí del Congreso vi las calles animadísimas: era el pueblo

de Madrid (villa descoronada y no corte, sino cortada cabeza de la federación, anillo no sé cuántos, esmaltado no sé por quién) que volvía de los toros.

El pueblo de Calomarde siquiera, además de toros, pedía pan.